

Solly Azagury

Recordando al Zola español. Mario Blasco, hijo del autor de *La barraca*,
nos dice...

(*Heraldo de Madrid*, 25-12-1928)

Menton a las tres de la mañana: dinamismo de aquelarre.

Sobre el inquieto mar de leva —legendaria canción del piélagos al
batir sobre la costa— rielas el plenilunio; la brujería en lucha con el lirismo
bajo la caricia astral.

Es que a la verja de Fontana Rosa piafa el caballo amarillo —
cuarto del Apocalipsis— con su hórrido jinete devastador. Visión
esquelética del Gran Manchego con una segur por lanza.

De sus encavadas órbitas (barrancos misteriosos del «más allá») irradia la luz, que hiere, como una flecha, la negrura de otro espectro en el jardín.

Es la ira de la muerte ante lo inmortal del espíritu «tomando forma», ante lo que se salva de la premoriencia del cuerpo.

En vano la guadaña —paradoja de piedad y traición— siega el bulto, repitiendo el ataque una y otra vez, noche tras noche. Inmune y pacífica, la sombra deambula por el jardín de palacio mentonés y confunde a la enemiga con estas palabras: «A mis soledades voy, de mis soledades vengo; porque para andar conmigo me bastan mis pensamientos...»

¡Es la figura del reivindicador de los Borgia!

Su virtud produciente se redime de su inercia corporal, materializándose a nuestros ojos la figura del sublime muerto: emerge de sus libros y refléjase en el espacio la diligente corporeidad del glorioso «Visentet», enhiesta e invicta; todo lo coima, todo lo recorre e infunde en la inspiración ajena, como antes del tránsito, los renuevos de su savia de ultratumba. Así la raíz del tronco añoso, inconvencible y generosa.

Sí... De la pirámide de su vastedad literaria, más duradera que la de Keops, por ser espiritual; de la obra de este titánico novelista que vivió, recorriéndolas, las mejores páginas del gran pentateuco que es el mundo, renace la vida con sus características formas terrenas, y tan pictórica que se expande por los ámbitos de «La Malvarrosa», «entre

naranjos y barracas», y está en Francia, en Italia, en América, en Oriente...

Tan dinámico era este paladín levantino que no solo vemos hoy su obra, si que también al autor: está entre nosotros, impalpable; pero entre nosotros, y hasta parécenos oír su voz...

Hablemos de él, Mario; enjugué usted esa lágrima y hablemos.

—¿De Valencia?

—Sí, señor. Nací en Valencia, en la época en que mi padre comenzaba su carrera política. Aún no había escrito ninguna de sus novelas. Los recuerdos más remotos que conservo son los de la vieja cárcel de San Gregorio, donde él estuvo mucho tiempo por unos artículos publicados en *El Pueblo*.

—¿Don Fernando Llorca y usted son los únicos escritores de la familia en la actualidad?

—Hay otro. Mi tío Alberto Carsí, casado con la hermana de mi padre, notable geólogo valenciano residente en Barcelona, autor de varios libros de divulgación científica y de infinidad de artículos y conferencias.

—He oído decir que de adolescente estudió usted en el desaparecido internado de míster Pitman, en Gibraltar, y en el cual visitábale con frecuencia el gran novelista que todos lloramos. ¿Quiere referimos algo acerca de las impresiones literarias de don Vicente durante aquellos viajes?

—En efecto. Yo estudié en Gibraltar en el Rock House Academy de míster Pitman, y de allí salí hacia América, donde mi padre me reclamaba, para que le ayudase en sus explotaciones agrícolas de Río Negro y Corrientes. Durante mi estancia en el internado, mi padre, que atravesaba por entonces una verdadera crisis de furiosa actividad cruzando frecuentemente el Atlántico, no pudo venir a verme más que una sola vez. De este corto viaje nació *Luna Benamor*. La anécdota más curiosa de mi padre en Gibraltar fue su entrada por primera vez. Hallábase en la serranía de Jerez estudiando su novela *La bodega*. Uno de los que le acompañaban le mostró un punto en el horizonte: «Mire usted, aquello es Gibraltar...» Esto fue bastante para que mi padre, atraído por el lejano Peñón, emprendiera el camino a caballo, como un concontrabandista. Entró en la ciudad entre un grupo de jinetes, vestido como ellos de campesino andaluz. Cansadísimo por la cabalgada, pero

divertido de que nadie pudiera reconocerle bajo su disfraz. De nada sirvieron el sombrero de ala ancha y la guayabera de dril. Apenas echó pie a tierra, en plena calle Real, se le aproximó un hombre pequeñito, de rostro inteligentísimo y extraordinariamente simpático: «Usted es el señor Blasco Ibáñez, ¿verdad?», le espetó. Era Salomón H. Cohén, gran admirador suyo que ha sido hasta última hora uno de sus amigos más queridos.

—Después del óbito de don Vicente, ¿ha visitado usted «Fontana Rosa»?

—No, señor; no me ha sido posible. La muerte de mi querido padre me sorprendió en condiciones de salud bastante malas. Yo me encontraba con mi hermana en Barcelona cuidando a una prima nuestra gravemente enferma. Llevábamos dos noches sin dormir. A las cuatro de la mañana vinieron a avisarme que mi padre se hallaba gravísimo. Yo no podía creerlo, pues ocho días antes había recibido una carta suya en la que me decía que a pesar de su lesión a la vista se encontraba más fuerte que nunca. Lo demás ya lo conocerá usted por los periódicos. Un viaje en avión a través de la lluvia y el viento. Cuatro horas de espera en la estación de Marsella, enterándonos por la prensa francesa de que el estado de nuestro padre era desesperado. Para qué más. Cuando llegamos a Valencia no podíamos ni tenernos en pie. Al terrible golpe que acabábamos de sufrir se unía el cansancio de tres días de duelo; de tantas manos estrechadas, de tantas frases de pésame dichas en francés, en inglés, en italiano, hasta en valenciano; de miles de cartas y telegramas... Yo llegué aturdido, destrozado. Creí que con quince días de campo recobraría mis fuerzas; pero sintiéndome enfermo me fui a Barcelona, donde he permanecido dos meses en el sanatorio de San Just Desvern. Actualmente estoy pasando la convalecencia en mi casita de Burjasot, pueblo cercano a Valencia, lleno de recuerdos de mi padre, pues aquí pasó gran parte de su juventud.

—¿Qué novela suya estima como la más genial?

—De las valencianas, *Cañas y barro*. De las últimas, *Mare Nostrum*.

—¿Prefiere sus novelas regionales a las producciones de su última época, o al contrario?

—No tengo preferencia por ninguna. Una de las cosas que más admiro en mi padre es su facilidad para renovarse. Hasta última hora ha conservado el vigor de su primera juventud.

—¿Puede adelantarme algo acerca de su obra póstuma?

—Mi padre ha dejado, al morir, tres obras: *En busca del Gran Kan*, *El caballero de la Virgen* y *El fantasma de las alas de oro*. Las dos primeras pertenecen a la trilogía «Las riquezas del Gran Kan». *En busca del Gran Kan* es la vida de Colón, la novela del descubrimiento de América por el esfuerzo español. *El caballero de la Virgen* es el principio de la conquista por los compañeros de Colón. En esta obra estudia al capitán Ojeda, llamado el Caballero de la Virgen. Había de seguir a esta novela la que tenía por título *El oro y la muerte*, cuyo protagonista iba a ser Vasco Núñez de Balboa, personaje predilecto por el que mi padre sentía una gran simpatía. Tenía planeada la obra; pero la muerte no le ha dejado escribir ni una sola cuartilla sobre ella. La última novela inédita, *El fantasma de las alas de oro*, se desarrolla en los salones del Casino de Montecarlo, estudiando la vida del juego y del gran mundo de la Costa Azul. De todas estas obras la primera está pensada desde hace años. A fin de 1913 se encontraba mi padre en Buenos Aires terminando *Los argonautas* en un piso que había alquilado en la Avenida de Mayo. Iba yo de Río Negro a Corrientes y pasé algunos días con él, viéndole únicamente a las horas de comer y por la noche, en que salíamos a dar un paseo. El día lo empleaba trabajando. En uno de estos paseos nocturnos, que era siempre por la acera derecha de la Avenida de Mayo, pues la izquierda es la de los cafés, llenos siempre de creadores de negocios absurdos y paradójicos, a los que mi padre sentía terror hasta desesperarle, me habló por primera vez de la novela de Colón, en la que ponía todas sus esperanzas, consagrando a ella con preferencia todas sus lecturas, como lo explica al final de la obra en un estudio titulado «El novelista al lector».

—Y usted, ¿qué labor literaria tiene en preparación?

—*La noche bruja*, una comedia en tres actos que se desarrolla al norte de la gobernación de Formosa (gran chaco argentino), junto al río Paraguay, en plena selva virgen. Tengo escritos ya los dos primeros actos.

—¿Qué juicio le merece la literatura de vanguardia?

—Desde hace algún tiempo consagro toda mi atención a lo que se estrena en el extranjero. Los escenarios de vanguardia son verdaderos laboratorios llamados a revolucionar el arte del teatro, como lo hicieron en su tiempo los teatros libres de París, Berlín y Londres. Es muy sensible que en España no exista todavía ninguno.

—De los que viven nacionales, ¿qué escritores admira?

—Entre los novelistas, Palacio Valdes y Fernández Flórez. De los dramaturgos, Benavente.

—¿Y de los novelistas rusos?

—Leónidas Andreiev.

—¿Es usted partidario de que se opine a voz en grito durante la representación de una obra?

—Ni durante la representación ni en ningún sitio. Caso de reprobación, el más elocuente de los comentarios es el silencio.

—Refiérame algunas anécdotas relacionadas con sus aficiones de usted literarias bajo la tutela magistral de don Vicente.

—Para conocer mi primera producción teatral hizo mi padre un viaje a Valencia. ¡Quién había de decirle que sería la última vez en que venía a España, pues desde junio de 1923 en que ocurrió esto no volvió ya a pasar la frontera! Representose mi obra titulada *La mala hierba* en el teatro de Eslava, de Valencia, por la compañía de Josefina Díaz, Santiago Artigas y Pepe Isbert. Una noche para mi inolvidable. Al natural temor frente al fallo del público se unía el de la opinión que formase mi padre. Este, que ocupaba un palco, mostró una gran emoción durante toda la obra, y especialmente al final, cuando me llamaron a escena. Después se estrenó en Madrid *La mala hierba* y me escribió mi padre con un gran interés por saber el resultado, y al ir a Telégrafos para comunicarle mi buena suerte me encontré con que ya se me habían anticipado varios amigos suyos...

—Pero ¿llora usted, Mario?

—Y ¡cómo no!...

¡Cómo no, si era un gran artista... y un bonísimo padre!

¡Infeliz «don Visent»!...